

suerte por medio de frías combinaciones preparadas con toda tranquilidad. Este acto político está en razón inversa del carácter de las dos naciones. El partido radical tuvo su candidato en la persona de Chavoncourt; después se presentó Alberto, á quien acusaron los radicales y el comité Chavoncourt de pertenecer á la derecha intransigente y ser un esbirro de Berryer. Era el candidato del ministerio un hombre sacrificado que no servía sino para combinar los votos ministeriales, puros, y para que así divididos, no diesen ningún resultado positivo. El candidato republicano obtuvo veinte votos, el ministerio cincuenta, Alberto setenta y Chavoncourt sesenta y siete. Pero la prefectura había mandado votar en favor de Alberto, con toda perfidia, á treinta de sus hombres más seguros, con el fin de engañar á su antagonista para que se durmiera en los laureles. Los votos de Chavoncourt, junto con los ochenta votos efectivos de la prefectura, eran dueños de la elección por poco que el prefecto alcanzara á restar algunos más del partido radical. Faltaban ciento sesenta votos, los del señor de Grancey y los de los legitimistas. Es una reunión preparatoria respecto de las elecciones lo que un ensayo general en el teatro, ó sea, lo más engañoso del mundo. Alberto Savarus entró en su casa, aparentemente animoso, pero en realidad desmayado. Había tenido el talento ó la dicha de conquistar en los últimos quince días á dos hombres leales, al suegro de Girardet y á un viejo comerciante muy astuto, que le recomendó el señor de Grancey. Estos dos honrados amigos, que se convirtieron en espías suyos, aparentemente ser los enemigos más encarnizados de Savarus maniobrando entre las filas contrarias. Al concluir la sesión preparatoria, advirtieron á Savarus por mediación de Boucher que hacían contra él treinta votos disimulados en su partido el oficio que ellos dos por su cuenta en el de los otros. El criminal que se dirige al suplicio no sufre cuanto sufría Alberto encaminándose á su casa desde la sala donde acababa de jugarse su suerte. El desesperado amante no quiso compañía de nadie. Vagó solo por las calles entre once y doce de la noche. A la una de la madrugada estaba sentado Alberto

(que no pegaba los ojos ya en tres días seguidos) junto á su biblioteca y sobre un sillón á lo Voltaire, pálido el rostro, como si estuviera á punto de agonizar, las manos pendientes y en actitud de abandono digna de la Magdalena. Humedecían sus párpados ardorosas lágrimas, de las que saltan á los ojos y no corren por las mejillas; el pensamiento las seca; el ardor del alma las devora. Estando solo, ya podía llorar. Fijóse entonces en una forma blanca que se destacaba del kiosko y que le recordó á Francesca.

—¡Y van tres meses que no recibo carta *suya*! ¿Qué le ocurre? He pasado dos meses sin escribirle, pero ya estaba advertida. ¿Estará enferma? ¡Oh, amor mío, mi vida! ¿Podrás comprender lo que he sufrido? ¡Qué fatal cuerpo tengo! ¿Se me habrá formado un aneurisma?—preguntóse, sintiendo que latía su corazón con tal fuerza que las pulsaciones resonaban en el silencio de la noche como si rozaran ligeros granos de arena sobre el cuero de un tambor.

Oyéronse en aquel momento tres golpes discretamente dados en la puerta, y Alberto corrió á abrirla, creyendo perecer de gozo cuando vió al vicario general con aire alegre, aire de triunfo. Cogió al abate de Grancey sin decirle palabra, le mantuvo en sus brazos, le estrechó y humilló su cabeza en los hombros del anciano. Y volvió á ser niño en aquella ocasión suprema, lloró como había llorado al saber que Francesca Soderini estaba casada. No mostró su debilidad á otro que al buen sacerdote, en cuyos ojos lucía el iris de la esperanza. El pastor había sido sublime y tan delicado como sublime.

—Perdón, querido abate, pero llega usted en uno de esos momentos supremos en que desaparece el hombre, y no quiero que me juzgue usted como ambicioso vulgar.

—Sí, ya lo sé, puesto que ha escrito usted *El amor nos convierte en ambiciosos*. ¡Vaya, hijo mío! Sabe que una desesperación amorosa me llevó al sacerdocio en 1786, cuando sólo contaba veintidós años. En 1788 era cura. Conozco la vida. He rehusado ya tres obisados, porque quiero morir en Besançon.

—¿Viene usted á *verla*?—exclamó Savarus cogiendo



la bujía y acompañando al abate hasta el magnífico gabinete donde se encontraba el retrato de la duquesa de Argaiolo, que iluminó.

—Es una de esas mujeres que parecen haber nacido para reinar—dijo el vicario comprendiendo cuánto afecto le demostraba Alberto haciéndole aquella confianza muda.—Pero revela orgullo implacable su frente; no perdonará ningún agravio. Es un arcángel Miguel, el ángel de las ejecuciones, el ángel inflexible... ¡Todo ó nada! es la divisa de estos caracteres angélicos. Hay no sé qué divinamente salvaje en esa cabeza...

—La ha juzgado usted bien—replicó Savarus.—Pero no, mi querido abate. Doce años ha que impera en mi corazón y no tengo el más leve pensamiento que echarme en cara...

—¡Ah, si hubiera usted hecho tanto por el amor de Dios!—observó candorosamente el cura.—Hablemos de sus asuntos. Hace diez días que trabajo infatigablemente en su apoyo. Si es usted un verdadero y hábil político seguirá usted mis consejos por esta vez. No se encontraría usted con la sogá al cuello si hubiese usted ido al hotel Rupt cuando yo se lo recomendaba; pero acudirá usted mañana; yo le presentaré por la noche. La tierra de los Rouxey está en peligro, y es necesario entablar el pleito dentro de dos días. La elección no se hará antes de tres. Se procurará no constituir definitivamente la mesa el primero; tendremos varios escrutinios, y llegará usted por medio de un sorteo...

—¿Y cómo, con qué condiciones?

—Ganando el pleito de los Rouxey reunirá usted ochenta votos legitimistas; añadamos otros treinta de los que dispongo, y ya tenemos ciento diez. Ahora bien, como le quedarán á usted veinte del comité Boucher, la suma en junto se eleva á ciento treinta.

—Aun faltan setenta y cinco más...

—Sí, pues todo lo restante lo absorbe el ministerio. Pero, hijo mío, usted alcanza doscientos votos y la prefectura no recoge sino ciento ochenta.

—¿Que sumo doscientos votos?...—murmuró Alberto quedándose alhelado por la admiración despu-

de haberse erguido, como si acabara de sentir el efecto de un resorte.

—Cuenta usted con los votos del señor de Chavoncourt.

—¿Cómo?

—Se casará usted con la señorita Sidonia de Chavoncourt.

—Jamás.

—Se casará usted con la señorita Sidonia de Chavoncourt—repitió fríamente el abate.

—Pero mírela usted bien; es implacable—dijo Alberto señalando la imagen de Francesca.

—Se casará usted con la señorita Sidonia de Chavoncourt—repitió impasible el sacerdote por tercera vez.

Por fin comprendió Alberto. No quería el vicario general insistir en el plan que sonreía á este político llevado á la desesperación. Una palabra más hubiera comprometido la dignidad, la honradez del sacerdote.

—Encontrará usted mañana en el hotel Rupt á la señora de Chavoncourt y á su hija segunda; le dará usted las gracias por lo que debe hacer ella en beneficio de usted, testificándole que su gratitud no reconoce límites, que le pertenece usted en cuerpo y alma. ¿No ha de ser su porvenir de usted en lo sucesivo el de su familia? Y es usted tan desinteresado y tiene tan gran confianza en sus propias fuerzas, que desde luego considera usted el acta de diputado como un deber suficiente. Sostendrá usted una lucha con la señora de Chavoncourt y le exigirá que dé su palabra. En la velada que propongo, hijo mío, estriba todo lo porvenir. Pero téngase entendido que yo no entro ni salgo en la maniobra. Yo sólo soy culpable de los votos legitimistas. He conquistado á la señora de Watteville y con ella á toda la aristocracia de Besançon. Amadeo de Soulas y Vauchelles, que votarán por usted, arrastran á la juventud, la señora de Watteville á los viejos. En cuanto á mis votos son infalibles.

—¿Y quién ha decidido á la señora de Chavoncourt?

—Ni una pregunta. El señor de Chavoncourt que tiene tres hijas casaderas, es incapaz de aumentar su for-



tuna. Si Vauchelles desposa á la primera prescindiendo del dote, porque la tía desembolsa lo correspondiente al contrato, ¿qué hacer con las dos restantes? Sidonia cuenta diez y seis años y usted tiene verdaderos tesoros en los recursos de su ambición. Alguien ha dicho á la señora de Chavoncourt que es preferible casar á la hija que no enviar al marido á que merme las rentas en París. Ese alguien inspira á la señora de Chavoncourt, y la señora de Chavoncourt á su esposo.

—Basta, querido abate, comprendo. Una vez elegido diputado, me resta labrar la fortuna de alguien, y siendo espléndido quedará libre mi palabra. Tiene usted en mí un hijo, un hombre que le deberá á usted su dicha. ¡Dios mío! ¿Qué he hecho yo para merecer tan sincera amistad?

—Ha hecho usted que triunfe el Capítulo—repuso sonriendo el vicario general.—Ahora guarde usted el secreto más profundo sobre todo lo hablado. Nosotros no somos nada y nada hacemos. Si se supiera que nos mezclábamos en las elecciones nos comerían crudos los puritanos de la izquierda, que obran peor, y nos vituperarían algunos de los nuestros que todo lo desean para sí. La señora de Chavoncourt no tiene la menor idea de mi participación en el asunto. Solo me he fiado de la señora de Watteville, con quien podemos contar como con nosotros mismos.

—¡Le traeré á usted á la duquesa para que usted nos bendiga!—exclamó el ambicioso.

Después de haber despedido al sacerdote, Alberto se acostó, adormeciéndose en las ilusiones del Poder.

A las nueve de la noche del día siguiente, según puede presumirse, los salones de la baronesa de Watteville estaban llenos, figurando toda la aristocracia bizontina, convocada extraordinariamente. Discutíase allí la *excepción* de ir á las elecciones para complacer á la hija de los Rupt. Sabíase que el antiguo consejero, el secretario de uno de los más fieles ministros de la rama principal, iba á ser presentado en la casa. Llegó la señora de Chavoncourt con su hija mediana, vestida primorosamente, mientras la mayor, teniendo seguro á su pretendiente, no había

pulido su tocado. Todas estas nimiedades se observan en provincias. El abate de Grancey paseaba su cabeza inteligente de grupo en grupo, escuchando, sin que al parecer se metiera en nada; pero soltaba con oportunidad esas frases incisivas que resumen las cuestiones y las dirigen.

—Si la rama principal fuese restaurada—decía á un jubilado estadista septuagenario—¿qué políticos le prestarían apoyo? Solo sobre un banco, no sabe Berryer qué hacerse; si contara con sesenta votos pondría trabas al gobierno en muchas ocasiones y derrocaría á los ministerios. Se nombrará al duque de Fitz-James en Tolosa. Usted conseguirá que salga el señor de Watteville bien de su pleito. Si vota usted por el señor de Savarus los republicanos votarán con usted antes que con los moderados; etc., etc.

Alberto no había llegado aun, y ya eran las nueve. A la señora de Watteville le pareció ver en el retraso una impertinencia.

—Querida baronesa—dijo la señora de Chavoncourt—no relacionemos con una fruslería asuntos que son graves. Cualquiera bota cuyo lustre tarda en secarse... Acaso retenga alguna consulta al señor de Savarus.

Rosalía miró á la señora de Chavoncourt recelosamente.

—Es muy buena para el señor Savarus—dijo en voz baja á su madre.

—Como que—replicó la baronesa sonriendo—se trata de la boda de Sidonia con el señor Savaron.

La señorita de Watteville se dirigió con brusca precipitación á una ventana que daba á los jardines. A las diez no había parecido aun el abogado. La tormenta que empezaba á oirse sordamente estalló entonces. Algunos nobles se pusieron á jugar, pareciéndoles el caso intolerable. El abate de Grancey no sabía qué pensar. Dirigióse hacia la ventana donde se refugió Rosalía y dijo en voz alta, tal era su asombro: «¡Debe haber muerto!» Salió el vicario general al jardín, seguido del señor de Watteville y de su hija y subieron los tres al kiosko. Todas las puertas de la casa de Alberto estaban cerradas; ninguna luz se veía.

—¡Jeromo! gritó Rosalía viendo al criado en el patio.



El abate de Grancey la contempló con admiración.  
—¿Dónde está tu amo?—preguntó al sirviente cuando estuvo al pie de la tapia.

—¡Salió en el correo, señorita!

—Está perdido—exclamó el abate,—ó es dichoso.

No disimuló tan bien la expresión de triunfo que se dibujó en el rostro de Rosalía que no la adivinase el vicario general, quien fingió no haberse fijado en nada.

—¿Qué papel juega esta chiquilla en todo ello?—se preguntó el sacerdote.

Volviéronse al salón, y el señor de Watteville anunció la extraña, la singular, la sorprendente noticia del viaje del abogado Alberto Savarus de Savarus, sin que se supieran los motivos de la fuga. A las once y media sólo quedaban quince personas, entre las cuales se encontraban la señora de Chavoncourt y el abate de Godenars, otro vicario general, hombre de unos cuarenta años que quería ser obispo, las dos señoritas de Chavoncourt y el señor de Vauchelles, el abate de Grancey, Rosalía, Amadeo de Soulas y un antiguo magistrado dimisionario, uno de los personajes más influyentes de la alta sociedad de Besançon que se interesaba mucho en que fuese elegido Alberto Savarus. El abate de Grancey se puso al lado de la baronesa de modo que pudiese observar á Rosalía, cuya tez, pálida de ordinario, ofrecía entonces la coloración de la fiebre.

—¿Qué puede haberle ocurrido al señor de Savarus?—dijo la Chavoncourt.

Presentóse en esto un criado vestido de librea con una carta en bandeja de plata que entregó al abate de Grancey.

—Lea usted—dijo la baronesa.

El vicario general leyó la carta y vió que Rosalía se tornaba súbitamente tan blanca como su pañoleta.

—Reconoce la letra—pensó mirando á la joven por encima de sus lentes. Dobló el escrito y lo metió fríamente en su bolsillo sin decir palabra. En tres minutos recibió tres miradas de la moza, que le bastaron para adivinarlo todo.—Ama á Alberto Savarus—reflexionó el vicario general. Levantóse, salu-

dó, dió algunos pasos en demanda de la puerta y ya estaba en la antecámara cuando le alcanzó Rosalía, diciéndole:

—¡Señor de Grancey, es de *Alberto!*

—¿Cómo es posible que conozca usted su letra bastante para distinguirla de tan lejos?

La joven, cogida en el renuncio de su impaciencia y de su rabia, pronunció una frase que le pareció al abate sublime.

—Porque le amo.—Y después de una pausa:—¿Qué ocurre?

—Renuncia á su elección.

Rosalía cerró con un dedo los labios.

—Pido el secreto como si me confesara. Si no hay elección, no habrá ya matrimonio con Sidonia.

Yendo á misa á la mañana siguiente, supo la señorita de Watteville por Marieta parte de las circunstancias que motivaron la desaparición de Alberto en el instante más crítico de su existencia.

—Señorita, á la madrugada llegó de París, parando en el Hotel Nacional, un señor viejo, que venía con su carruaje, un hermoso coche de cuatro caballos, con postillón delante y un criado. En fin, Jeromo, que lo ha visto al marchar, pretende que no puede tratarse más que de un príncipe ó de un milord.

—¿Había en el carruaje una corona cerrada?

—No lo sé. En punto de las dos ha ido á casa del señor Savarus, haciendo que le pasaran una tarjeta, y viéndola, el señor, dice Jeromo, se ha puesto blanco como la pared, mandando que le hicieran pasar. Como él mismo dió vuelta á la llave es imposible saber lo que hablarían el viejo señor y el abogado; pero han permanecido cerca de una hora juntos; después de lo cual el viejo señor, en compañía del abogado, ha hecho que subiera el ayuda de cámara. Jeromo ha visto salir al último con un inmenso paquete largo de cuatro pies, que parecía muy bien una gruesa tela de cañamazo. El señor viejo tenía en la mano un abultado paquete de papeles. El abogado, más pálido que si estuviera en trance de morir, él que es tan orgulloso, tan digno, estaba en un estado que daba lástima... Pero se conducía tan respetuosa-



mente con el viejo señor, que no hubiera hecho tanto agasajo al rey. Jeromo y el señor Alberto Savaron acompañaron al anciano hasta su coche, que iba tirado por cuatro caballos. El correo ha partido en punto de las tres. El señor se dirigió entonces directamente á la prefectura, y de allí á casa de Gentillet, quien le ha vendido su vieja carretela de camino, que perteneció á la difunta señora de Saint-Vier, y en seguida ha encargado los caballos necesarios para una expedición de seis horas. Volvióse á casa para disponer su equipaje; no hay duda que escribió varias cartas; y por último ha ordenado sus asuntos con el señor Girardet, que ha estado con él hasta las siete. Jeromo ha transmitido un recado á casa de Boucher donde se esperaba al señor para la comida. Entonces ocurrió que á las siete y media el abogado se ha ido, dejando á Jeromo los adelantos de tres meses, encargándole que busque acomodo. Entregó sus llaves al señor Girardet, á quien acompañó á su casa, y donde, según dice Jeromo, tomó el viajero una sopa, pues el señor Girardet no había comido aún á las siete y media. Cuando el señor Savaron subió á su carruaje parecía un muerto. Jeromo que, naturalmente, ha saludado á su señor, oyó decir al postillón: «camino de Ginebra».

—¿Y no ha preguntado Jeromo el nombre del forastero en el Hotel Nacional?

—Como el viejo no estaba más que de paso no se lo han preguntado. Su ayuda de cámara, por mandato, sin duda, parecía no entender palabra en francés.

—¿Y la carta que ha recibido tan tarde el abate de Grancey?—añadió Rosalía.

—No hay duda que el señor Girardet debía enviarla; pero Jeromo dice que ese pobre señor Girardet, que adora al abogado Savaron, estaba tan loco de pena como él. El que ha venido rodeado de misterio—concluyó la Galard,—se va también misteriosamente.

Desde que supo todos esos pormenores la señorita de Watteville, tomó un aire abstraído, visible para todo el mundo. Inútil es hablar del asombro que produjo en Besançon la fuga del abogado. Súpose

que el prefecto se prestó con mil amores á expedirle sin reparo alguno el pasaporte para el extranjero, pues esto le libraba del único adversario que tenía. Al otro día quedaba elegido el señor de Chavoncourt por una mayoría de ciento cuarenta votos, lograda como por asalto.

—Juan se fué como vino—murmuró un elector al saber la ausencia del abogado.

Este suceso vino á dar fuerza á los prejuicios que tienen los de Besançon contra los forasteros, y que dos años antes se habían afirmado ya, á propósito del diario republicano. Diez días más tarde nadie pensaba en Alberto Savarus, exceptuando tres personas, el abogado Girardet, el vicario general y Rosalía, á quienes afectaba profundamente la ausencia de aquel hombre. Sabía Girardet que el extranjero de cabellos blancos era el príncipe Soderini, pues había visto su tarjeta y así lo dijo al vicario general; pero mucho más enterada que ellos la señorita de Watteville, tenía noticias de haber muerto el duque de Argaiolo.

Nadie sabía palabra ni había oído hablar del señor Alberto Savarus en abril de 1836. Jeromo y Marieta estaban á punto de casarse; pero la baronesa insinuó confidencialmente á su doncella que aguardara al casamiento de su hija, y así se celebrarían juntas las dos bodas.

—Ya es tiempo de casar á Rosalía—dijo cierta mañana la baronesa al señor de Watteville—tiene diez y nueve años, y está tan cambiada y tan marchita desde hace algunos meses que da miedo.

—No sé lo que le ocurre—repuso el barón.

—Cuando los padres no saben qué tienen sus hijas, las madres lo aciertan—replicó su esposa.—Es preciso casarla.

—Bien lo deseo; y por lo que á mí toca le entrego los Rouxey, puesto que el Tribunal nos ha puesto en inteligencia con el Concejo de Riceys, fijando mis límites á trescientos metros de la falda del Diente de Vilard. Se abre una zanja para que desemboquen las aguas en el lago. El Concejo no ha apelado y la sentencia es, por tanto, definitiva.



—No sabes aún que la tal sentencia me cuesta treinta mil francos que entregué á Chautonnit. Ese plebeyo no quería cosa mejor; nos ha vendido la paz. Si entregas los Rouxey á tu hija, nada tendrás.

—No necesito gran cosa... Me voy ya de este mundo.

—Comes como un ogro.

—Precisamente, como bien y están mis piernas cada día más débiles...

—Es de tornear.

—No sé.

—Casaremos á Rosalía con Soulas; si les regalas los Rouxey resérvate el usufructo; yo les señalo quince mil francos de renta en vida mía.

—No, les entrego decididamente los Rouxey. Le gusta aquella posesión á Rosalía.

—Eres muy raro con tu hija; ¿por qué no me preguntas á mí si me agradan los Rouxey?

Llamada la moza incontinenti, supo que daría su mano al señor Amadeo de Soulas en los primeros días de mayo.

—Gracias, padres míos, por tan buenos propósitos, pero no quiero casarme; estoy muy bien al lado vuestro...

—¡Palabras!—profirió la baronesa.—No quieres al conde de Soulas y eso es todo.

—Si queréis saber la verdad, sea: no me casaré nunca con ese señor.

—¿Nunca? ¡Oh, el jamás de una doncella de diez y nueve años!—replicó la madre sonriendo con amargura.

—El jamás de la señorita de Watteville—replicó Rosalía con entera firmeza.—No creo que mi padre piense casarme sin mi consentimiento.

—Oh, no, no, por fe mía—dijo el pobre hombre mirando á su hija con ternura.

—Pues bien—replicó secamente la baronesa conteniendo su furor de beata, sorprendida de verse despreciada de improviso,—cuide usted, señor de Watteville, cuide usted del casamiento de su hija. Señorita, piénselo usted bien; como no se case usted á mi gusto, no cuente usted con mi auxilio para la dote.

La disputa, comenzada así entre la señora de Watteville y el barón, que apoyaba á su hija, fué tan lejos, que Rosalía y su padre se vieron en el caso de pasar la primavera en los Rouxey; la vida en el hotel Rupt se les había hecho insoportable. Se supo entonces en Besançon que la señorita de Watteville había rechazado positivamente al conde de Soulas. Después de casados habíanse trasladado Jeromo y Marieta á los Rouxey, donde debían reemplazar más adelante á Modinier. El barón reparó y restauró aquel retiro parecido á un monasterio, conforme al gusto de su hija. Al saber que las obras costaban unos sesenta mil francos, que Rosalía y su padre proyectaban levantar un invernadero, la baronesa convino en que su retoño trajó al mundo la levadura del mal. Compró el barón algunas tierras anexas y un pequeño caserío que importaban treinta mil francos. Alguien dijo á la señora de Watteville que, lejos de ella, daba muestras su hija de ser buena ama de casa, que estudiaba los oportunos medios para que aumentasen de valor los Rouxey, que parecía una amazona montando á caballo; su padre, feliz en su compañía, no se quejaba ya de su salud; todo lo contrario, iba echando carnes; acompañaba á su hija en todas las excursiones. Al aproximarse el santo de la baronesa, que se llamaba Luisa, trasladóse el vicario general á los Rouxey, enviado, sin duda, por la señora de Watteville y por el señor de Soulas para que negociase la paz entre madre é hija.

—Esa Rosalía es testaruda—decíase en Besançon.

Pagando noblemente los noventa mil francos gastados en los Rouxey, la baronesa pasaba á su marido mil más mensuales, ó poco menos, para que viviese allí; no quería tener quebraderos de cabeza. Al padre y á la hija les pareció admirable poder ir el 15 de agosto á Besançon, para vivir en la ciudad hasta fin de mes. Cuando intentó el vicario general, después de la comida, pillando á la señorita de Watteville sola, hablarle del casamiento, haciéndole entender que nada podía esperar de Alberto, de quien hacía un año que no sabía nadie cosa alguna, se vió cortado por un simple gesto de la moza, quien cogió



al señor de Grancey de un brazo y le condujo á un bosquecillo de rosas, desde donde se gozaba de la vista del lago.

—Escúcheme usted, querido abate, escúcheme usted á quien amo tanto como á mi padre, por el afecto que profesa usted á mi Alberto; es preciso confesarlo todo: he cometido graves faltas, crímenes, para lograr ser su esposa, y es necesario que sea mi marido... ¡Tome, lea usted!

Y le tendió un número de la *Gaceta* que guardaba en el bolsillo de su delantal, señalándole la noticia siguiente publicada en Florencia, el día 25 de mayo:

«El casamiento del duque de Rhetoré, primogénito del duque de Chaulieu, embajador que ha sido, con la señora duquesa de Argaiolo, princesa primogénita Soderini, se ha celebrado con mucha pompa. Las fiestas importantes que se celebran con motivo de esta unión, dan extraordinaria animación á Florencia. La fortuna de la señora duquesa de Argaiolo es una de las más considerables de Italia, pues el difunto duque la había instituido su heredera universal.»

—Aquella á quien él amaba está casada. Yo les he separado.

—¡Usted! ¿Y cómo?

Iba á responder Rosalía, cuando un grito agudo proferido por dos jardineros, y á que acompañó el estrépito de un cuerpo que caía en el agua, cortó el curso de sus ideas. Levantóse desolada exclamando: «¡Ay, padre mío!» No se veía ya al barón.

Queriendo coger un pedazo de granito, en que creía distinguir las huellas de una concha, cosa que le hubiera inspirado una teoría cualquiera geológica, se inclinó el señor de Watteville sobre la orilla, perdió el equilibrio, y resbaló sumergiéndose en el lago, cuyo mayor sondaje está, naturalmente, al pie del muelle. Los jardineros tuvieron que trabajar mucho para que el barón se apoderase de una pértiga, escarbando por el sitio donde burbujeaba el agua; consiguieron á la postre arrastrarle, cubierto

de limo, del légamo en que se hundía cada vez más cuantas más fuerzas hacía para desembarazarse del obstáculo. Había comido exageradamente el señor de Watteville, y la digestión que había comenzado ya quedó cortada con violencia. Cuando se le hubo desnudado, y quedó limpio, y se le tendió en la cama, vióse en tal gravedad de peligro, que fué preciso mandar á dos mozos reventando caballos, uno á Besançon y otro en busca de un médico y de un cirujano al lugar más próximo posible. Cuando se presentó la señora de Watteville, ocho horas más tarde, con los más afamados facultativos de la ciudad, hallaron en situación desesperada al enfermo, á pesar de los activos é inteligentes recursos puestos en práctica por el médico de los Rouxey. El miedo, el susto, provocó un derrame seroso en el cerebro, y la digestión interrumpida daba el golpe de gracia al barón.

Esta muerte, que no hubiera sobrevenido, según la señora de Watteville, si su marido hubiera continuado viviendo en Besançon, fué atribuída por la madre á la obstinada rebeldía de la hija, á quien aborreció, dando muestras de un dolor y de un sentimiento evidentemente exagerados. ¡Llamó al barón *su querido cordero!* El último Watteville fué enterrado en un islote del lago de los Rouxey, donde mandó edificar la baronesa un túmulo gótico de mármol blanco, parecido al de Eloísa en el *Père-Lachaise*.

Un mes más tarde vivían la baronesa y su hija en el palacio Rupt, rodeados de un silencio salvaje. El dolor de Rosalía era sincero, profundo, y no se mostraba exteriormente; echábase en cara la muerte de su padre y presentía una desventura mayor, más grande á sus ojos, y que seguramente era obra suya; pues ni el abogado Girardet ni el abate de Grancey lograban noticia alguna acerca del paradero de Alberto. Aquella obscuridad era horrible, fúnebre. En el paroxismo de su pena y de su arrepentimiento, sintió el ansia infinita de revelar al vicario las horrosas maquinaciones que puso en juego para separar á su Alberto de Francesca. Decidió esta actitud no sé qué sentimiento formidable y hasta cierto punto



de ingenuidad indescriptible. La señorita de Watteville había interceptado las cartas de Alberto á la duquesa, y el escrito en que Francesca anunciaba á su amante la enfermedad de su marido, previniéndole que no podría contestarle en todo el tiempo que consagrara, como era su deber, al moribundo. Así, aprovechando la inquina de Alberto en lograr su triunfo electoral, la duquesa sólo había escrito dos cartas, la en que le advertía el peligro de muerte del duque de Argaiolo y la en que le anunciaba su viudez, dos cartas nobles y sublimes que Rosalía retuvo, trabajando en ello varias noches pasadas en vela, había conseguido la confesa imitar con toda perfección la letra de Alberto. De modo que, á partir de este triunfo, las cartas verdaderas del fiel amante quedaban substituidas por tres cartas cuyos chismes hicieron comprender al experimentado sacerdote, hasta qué punto se revelaba el genio del mal en sus caracteres. Rosalía, hablando en nombre de Alberto, acostumbraba solapadamente al cambio del francés, falsamente infiel, y contestaba á la noticia de la muerte del duque de Argaiolo, anunciando su próximo casamiento con la señorita de Watteville. Las dos cartas debieron cruzarse, y quiso el destino que se cruzaran, en efecto. El espíritu infernal que inspiró aquellos escritos, sorprendió hasta cierto punto la perspicacia del vicario general, que quiso releerlas. En la última, Francesca, herida en pleno corazón por una doncella que quería matar el amor de su rival, contestaba con esta sencilla frase: *Libre le dejo á usted adiós.*

—Los crímenes morales, que no dejan asidero alguno á la justicia humana, son los más infames, los más odiosos—dijo severamente el abate de Grancey.—A veces, y muy á menudo, los castiga Dios en esta baja tierra; y esto explica por qué se producen tan espantosas desgracias que parecen inexplicables. De todos los crímenes ocultos en los misterios de la vida privada, es uno de los más deshonorosos el de romper el sobre de una carta ó leerla subrepticamente. Todo aquel que, sea cual fuese el motivo que le impulsa, ocupe la posición que ocupe, se permite tal infrac-

ción, echa una mancha indeleble sobre su probidad. Comprende usted cuánto hay de enternecedor y de grande en la historia de aquel paje injustamente acusado que es portador de una carta que lleva la orden de matarle, que se pone en camino sin que manche su espíritu un pensamiento ruin, y á quien la providencia de Dios ampara entonces, salvándole, milagrosamente, digámoslo así?... ¿Y sabe usted en qué consiste el milagro? Las virtudes están circundadas por aureola tan noble como la de la infancia inocente. Le hablo á usted todo esto sin propósito de amonestarle—añadió el sacerdote con tristeza infinita.—¡Ay, no está usted en el tribunal de la penitencia, arrodillada á los pies de la misericordia divina! No, ahora no soy yo más que un amigo á quien espanta el recelo de los castigos que le esperan á usted. ¿Qué habrá sido del pobre Alberto? ¿Se habrá matado? Había en su calma aparente no sé qué disimulo, y era de prever que estallase en cualquier momento toda la fuerza de sus arrebatos. Comprendo que el anciano príncipe Soderini, padre de la duquesa de Argaiolo, haya venido á buscar las cartas y los retratos de su hija. Y ese es el rayo que ha caído sobre la cabeza de Alberto, quien habrá tratado, indudablemente, de justificar su conducta... Pero ¿cómo es que no tenemos noticia alguna al cabo de catorce meses?

—¡Oh, si me caso con él, aseguro que será muy dichoso!...

—¿Feliz?... No le ama á usted. Por otra parte, no tiene usted gran fortuna, que digamos, con qué compensarle de sus pérdidas. Su madre de usted la mira con aversión profunda; le ha dado usted una contestación muy brusca que la ha herido y que producirá para usted una catástrofe: cuando ayer, hablando del único medio de reparar las faltas cometidas, recordó la necesidad de que diera usted su mano á Amadeo, como es cierto que le ha lanzado usted á la cara esta frase horrible: «¡Si tanto le quiere usted, madre mía, cátesese usted con él!»

—Sí.

—Bueno, pues yo la conozco muy bien; dentro de algunos meses será condesa de Soulas. Tendrá hijos,



sin duda alguna, de este matrimonio, y señalará cuarenta mil francos de renta á su marido; por otro lado, le procurará las mayores ventajas posibles, y reducirá la parte que á usted toca, en sus bienes raíces, tanto como alcance su voluntad. Usted será pobre mientras ella viva y... ¡no tiene más que treinta y ocho años! Toda la fortuna que usted disfruta consiste en la tierra de Rouxey y en los escasos beneficios que procedan de la legítima de su padre de usted, si es que su madre consiente en abandonar sus derechos sobre los Rouxey. En lo que toca á los intereses mundanales, preciso es confesar que lleva usted su vida por el peor camino, y en lo que se refiere á los sentimientos, la tiene usted totalmente trastornada. En lugar de humillarse á su madre...

Hizo Rosalía un gesto soberano de altivez.

—Sí, á su madre, y á la religión, que la habrían iluminado, aconsejado y guiado, ha pretendido usted gobernarse libremente, ignorante de los piélagos de la existencia humana y sin otros consejos que los de la pasión.

Estas palabras discretísimas asustaron á la señorita de Watteville.

—¿Y qué debo hacer?—preguntó al cabo de una pausa.

—Para reparar las faltas cometidas, fuera preciso conocer todo el mal que han producido.

—Bueno, escribiré al único hombre que puede tener noticias acerca de la suerte de Alberto, á Leopoldo Hannequin, notario de París, y su amigo de la infancia.

—No escriba usted si no rinde homenaje á la verdad. Entrégueme usted las verdaderas cartas y las simuladas, confiésemle usted sus intenciones sin olvidar pormenor alguno, como al director espiritual, preguntándole los medios de purgar la culpa y confiando en mí. Yo veré... Ante todo justifique usted la inocencia de ese desgraciado á los ojos del ser que ha sido su Dios en la tierra. Porque ya que perdió la dicha, por lo menos justo es que logre Alberto su justificación.

Prometió Rosalía obedecer, creyendo que sus actos

darian por resultado traerle nuevamente á Alberto.

Poco tiempo después de esta confidencia presentóse un pasante de Leopoldo Hannaquin en Besançon, encargado de una misión de parte de Alberto, y se dirigió ante todo á casa de Girardet, suplicándole que vendiera la casa que pertenecía á Savaron. El abogado se encargó de este negocio por afecto á su amigo. El pasante vendió el mobiliario, y pudo pagar con su producto lo que debía Alberto á Girardet, quien, á partir de la inexplicable desaparición le había remitido cinco mil francos, encargándose además de los cobros que dejó pendientes. Preguntó Girardet qué se había hecho aquel infatigable y noble atleta, y el pasante dijo que únicamente lo sabía su amo, y que el notario pareció inconsolable por los extremos que debía haberle revelado la última carta de Alberto Savarus.

Cuando tuvo noticia de ello, escribió el vicario general á Leopoldo. He aquí la repuesta del digno notario:

«AL SEÑOR ABATE DE GRANCEY,

VICARIO GENERAL DE LA DIÓCESIS DE BESANÇON

Paris

¡Ay, señor! No hay poder humano que pueda volver á Alberto á la vida del mundo: ha renunciado á él. Es novicio de la Gran Cartuja, cerca de Grénoble. Usted sabe mejor que yo, pues acabo de tener noticias de ello, que todo expira y se estrella en el dintel de este claustro. Previendo mi visita ha puesto Alberto al general de los Cartujos como una valla entre los dos. Conozco muy bien tan noble corazón para que no comprenda que ha sido víctima de una trama abominable y desconocida para nosotros; pero todo se ha consumado. Me parece que la señora duquesa de Argaiolo, hoy duquesa de Rhctoré, ha extremado su crueldad. Cuando llegó Alberto á Belgirate, donde no estaba ya ella, había dejado referencias que le incitasen á creer que vivía en Londres. De Londres corrió



Alberto á Nápoles en busca de su adorada, y de Nápoles á Roma, donde se comprometía á desposarse con el duque de Rhetoré. Cuando Alberto pudo encontrar á la señora de Argaiolo, fué estando en Florencia y en el punto en que se celebraba su casamiento. Desmayóse nuestro pobre amigo en la iglesia sin conseguir, ni aun hallándose en peligro de muerte, que la dama le diera explicación de ningún genero; debía tener una mordedura venenosa en el corazón. Alberto ha viajado durante siete meses dando caza á una criatura salvaje que se divertía en escapar de sus manos: no sabía él dónde ni cómo aprisionarla. He visto á nuestro pobre amigo cuando pasó por París, y si lo hubiese usted contemplado como yo, seguro que no habría usted tenido valor para decir palabra que recordase á la duquesa, so pena de provocar una crisis en que hubiera peligrado su razón. Si supiera él en qué consiste su delito, no le faltaran medios para justificarse; pero ¡falsamente acusado de haber contraído matrimonio! ¿qué hacer? Alberto ha muerto, y bien muerto está, para el mundo. Ha pretendido entregarse á la quietud. Confiemos en que el profundo silencio y la oración á que se ha entregado, labrarán su dicha en otra forma. Si lo ha conocido usted, señor, debe usted compadecerle y compadecer también á sus amigos. Sírvasse usted, etc.»

Luego que leyó esta carta el buen vicario general, escribió al general de los Cartujos; poco después contestaba Alberto Savarus:

«EL HERMANO ALBERTO AL SEÑOR ABATE DE GRANCEY,  
VICARIO GENERAL DE BESANÇON

*De la Gran Cartuja*

He reconocido, afectuoso y bien amado vicario general, su alma tierna y su corazón joven aún en todo lo que acaba de comunicarme el reverendo padre general de nuestra orden. Ha acertado usted con el único

deseo que restaba en lo más profundo de mi espíritu en lo tocante á las cosas terrenas: conseguir que hiciera justicia á mis sentimientos la misma que tan pérfidamente me ha tratado. Pero dejándome en libertad para aceptar los ofrecimientos que usted me hace, el general ha querido saber si mi vocación era firme; ha tenido la insigne bondad de comunicarme este pensamiento viéndome decidido á vivir encerrado en el más profundo silencio, para con todo lo que á este asunto se relacionara. Si hubiera yo cedido á la tentación de rehabilitar al hombre profano, el religioso habría tenido que salir de este monasterio. La gracia ha tocado mi corazón; pero aunque corta, la lucha no ha sido ni menos viva ni menos cruel. ¿No es decirle á usted bastante afirmar que no sabría ya volver al mundo? De modo, que el perdón que usted me pide para el autor de tantos males, concedido está en absoluto y sin sombra alguna de despecho. Rogaré á Dios que se digne perdonar á esa señorita, como la perdono yo, de la misma manera que le rogaré que conceda una vida feliz á la señora de Rhetoré. ¡Pues qué! Bien sea la muerte, bien la mano terca de una joven obcecada en conseguir que la amen, ó que sea un golpe atribuido á la casualidad, ¿no es preciso obedecer siempre la voluntad de Dios? La desventura crea en ciertas almas un vasto desierto donde resuena potente la voz divina. Tarde he conocido la relación que hay entre esta vida y la futura, y todo está gastado en mí. No hubiera podido servir en las filas de la Iglesia militante y arrojé el resto de una existencia casi extinta al pie del santuario. Esta es la última vez que escribo. Preciso era que se tratase de usted, que me amaba y á quien tanto quería yo, para que rompiera la ley de olvido que me he impuesto al entrar en la metrópoli de San Bruno; pero siempre será usted particularmente recordado en las oraciones del

HERMANO ALBERTO

Noviembre 1836.



—¡Quién sabe si todo es para mayor gloria de Dios! —murmuró el abate de Grancey.

Cuando comunicó esta carta á Rosalía, quien besó, por un impulso piadoso, el pasaje que contenía su perdón, le dijo él:

—Bueno, y ahora que está perdido para usted, ¿no quiere reconciliarse con su madre concediendo su mano al conde de Soulas?

—Preciso sería que me lo ordenase Alberto.

—Ya ve usted que es imposible consultarle. El general no lo permitiría.

—¿Y si fuese yo á verle?

—No se ve nunca á los Cartujos. Por otra parte, ninguna mujer, excepción hecha de la reina de Francia puede entrar en la Cartuja—dijo el abate.—De manera que nada se opondrá á que se case usted con el señor de Soulas.

—No quiero causar la desventura de mi madre.

—¡Satán!—gritó el vicario cruzando las manos.

El abate de Grancey murió hacia el fin de aquel invierno. Acabó el amigo que se interponía entre los dos caracteres de hierro. El suceso previsto por el excelente cura se realizó. La señora de Watteville casó en agosto de 1837 con el señor de Soulas y la boda fué en París por consejo de Rosalía, que se mostró bondadosa y adorable con su madre. La señora de Watteville creyó en el afecto de su hija sin sospechar que ésta sólo deseaba ir á París por gusto de consumir una atroz venganza; pues sólo pensaba en vindicar á Savarus martirizando á su rival.

Habíase emancipado la señorita de Watteville. En breve cumpliría veintiún años. Para acabar toda cuenta con ella, su madre hábale cedido todos los derechos sobre los Rouxey, y la hija había aliviado á la baronesa en lo referente á la sucesión del difunto Watteville. Rosalía animó á su madre para que se casara con el conde de Soulas y le asignase una renta.

—Gocemos cada cual de nuestra libertad propia—le dijo.

Intranquila la señora de Soulas por las intenciones que pudiera abrigar su hija, y conmovida al mismo

tiempo por la nobleza de su actitud, le regaló seis mil francos de renta de los gastos generales, por escrupulo de conciencia. Como disfrutaba la condesa de Soulas de cuarenta y ocho mil francos que le rentaban anualmente sus tierras, y era incapaz de enajenarlas con el propósito de disminuir la parte de Rosalía, la señorita de Watteville era aún partido apreciable, de ciento ochenta mil francos, pues podían producir los Rouxey, con las adquisiciones últimas del barón y algunas mejoras, veinte mil francos de renta, además de las ventajas de la casa, sus censos y sus reservas. De este modo, no tardaron Rosalía y su madre, adaptándose al tono y al tren en moda, en ser admitidas en las fiestas del gran mundo. ¡Llave de oro, estas palabras, para abrir todas las puertas: ciento ochenta mil francos!... Bordados en el corpiño de la señorita de Watteville, sirvieron mucho más á la condesa de Soulas, que las pretensiones que tuvo anteriormente la de Rupt, sus orgullos mal empleados y sus lejanos parentescos.

Rosalía, á quien muchos jóvenes hacían la corte, realizó el proyecto que le llevó á París en febrero de 1838. Deseaba encontrar á la duquesa de Rhetoré, contemplar tan maravillosa hermosura y abismarla en el dolor profundo de sus remordimientos. El primer tropiezo fué en el baile anual que dan, desde 1830, los pensionistas de la lista civil. Un joven, rechazado por la de Watteville, dijo á la duquesa enseñándosela:

—Ahí tiene usted á una de las jóvenes más notables, una cabeza digna de admiración. Ha hecho recluirse en el claustro, en la Gran Cartuja, á un hombre excepcional, á Alberto Savarus, cuya vida ha cortado en mitad de su carrera. Es la señorita de Watteville, célebre heredera de Besançon...

Palideció la duquesa; cambió Rosalía con ella una de esas miradas que, dirigidas de mujer á mujer, son más mortales que un pistoletazo seguro en el duelo. Francesca Soderini, sospechando entonces que era inocente Alberto, salió bruscamente del baile, dejando con la boca abierta á su interlocutor, quien era incapaz de advertir cuán terrible y profunda herida acababa de inferir á la hermosa duquesa de Rhetoré.



«Si desea usted saber algo más acerca de Alberto, asista usted al baile de la Opera el martes próximo, llevando en la mano una caléndula.»

Este billete anónimo, enviado por Rosalía á la duquesa, obligó á la desventurada italiana á asistir al baile, donde la señorita de Watteville le entregó todas las cartas de Alberto, la escrita por el vicario general á Leopoldo Hannequín y la respuesta del notario, y lo mismo la en que la joven confesaba su culpa al señor de Grancey.

—No quiero sufrir sola, por lo mismo que hemos sido igualmente crueles las dos—dijo á su rival.

Después de haber gozado viendo el asombro que se pintaba en el hermosísimo rostro de la duquesa, desapareció Rosalía, no se la vió ya en parte alguna y regresó con su madre á Besançon.

La señorita de Watteville vive sola en su propiedad de los Rouxey, monta á caballo, caza, rehúsa los partidos que se le presentan, va cuatro ó cinco veces durante el invierno á Besançon y pasa por persona en extremo original. Es una de las celebridades del Este.

La señora de Soulas tiene dos hijos, un niño y una niña, y está rejuvenecida; en cambio el joven señor de Soulas ha envejecido considerablemente.

—Cara me cuesta mi fortuna—decía cierta vez á su amigo el joven Chavoncourt. —Desgraciadamente, para conocer á una devota, es preciso casarse con ella.

La señorita de Watteville se porta como verdadero ser extraordinario. Se dice de ella: «tiene *caprichos extravagantes*».

Va todos los años á ver los muros de la Gran Cartuja. Es posible que trate de imitar á su célebre tío, franqueando la valla de aquel convento para buscar allí á su marido, como franqueó Watteville las paredes de su monasterio para recobrar la libertad.

En 1841 dejó Besançon con intento, según de público se decía, de casarse; pero se ignora aún la causa verdadera de este viaje, de donde ha regresado en situación que le impide presentarse nunca jamás

en fiesta alguna. Por una de esas casualidades, á que había aludido el noble abate de Grancey, encontróse en el vaporcito que paseaba por el Loira cuando explotó la caldera. Quedó tan desfigurada la señorita de Watteville, que perdió el brazo derecho y la pierna izquierda; afean su rostro horrorosas cicatrices; su salud, muy quebrantada, le deja pocos días tranquilos. En resolución, no sale ya de su cartuja de los Rouxey, donde lleva una vida enteramente entregada á ejercicios espirituales y prácticas religiosas.

París, mayo 1842

